

**ALBERTO  
JIMENEZ  
URE**

***FACIA***



**DAMOCLES EDITORES**

863.44

61

1

«El texto de **JIMÉNEZ URE** nos sitúa en un universo donde los tres personajes (Odra, Facia y Alberto) adquieren toda su profundidad en la agresión más horrible que pueda existir: la transgresión a la vida y, por ende, a la muerte»

[**María del Amparo PASTOR y COS**]



(c) Alberto Jiménez Ure *Copyright*.

(c) *Damocles Editores*. Carrera 22A, entre calles 56 y 57.  
Nº 56-67. Santa Eduvigis. Barquisimeto - Venezuela.

Depósito legal: lf 84 - 0004

Cubierta: Rubén Maldonado.

Imprimió: Talleres Gráficos de la Universidad de Los Andes. Mérida - Venezuela, 1984.

# PORTICO

Me ocurre con la literatura lo que a un hombre cuando ha desafiado a otro a un duelo mortal, irrevocablemente mortal, a partir del cual quizá alguno sobreviva. Por ello, el lector hallará en esta brevísima novela la pasión desenfadada del escritor y una sospecha: pudo haber acontecido lo narrado.

Postulo la confesión siguiente: *Facia*, por infinitas y expuestas razones en el decurso del libro, me confirió deseos de continuar en la vida durante indeterminado tiempo. Pero, mi ansiedad por entrar volitivamente a la muerte no ha decrecido. A esa dimensión me une una sed insatisfecha, una pasión inconclusa que propende hacia la khatarsis a través de una comunión profunda y ojalá infalible.

Mi confianza final es para advertir, tanto al lector como al crítico, mi responsabilidad en los excesos e invenciones del lenguaje, las omisiones del vocablo *que* y otras aberraciones.

*Alberto Jiménez Ure*

Mérida - Venezuela, 13 de abril de 1983.

I  
(La Fotografía)

Una fotografía de Facia me introdujo en la dimensión de los mortales: aquella mirada inquisitiva a veces, dulcísima, a través de unos ojos de inenarrable color. Experimenté alegría, felicidad de conocerla. Deseé acariciar su abundante cabellera, su pulcro rostro, pero: *soy un espectro* y ella una imagen que intenta comunicarme algo más profundo.

—*Quiero hablarte de mi hermana* —me emplazó, telepáticamente, Odra.

Mi interlocutora no me conoce. Jamás me ha visto. Soy impalpable. Sinembargo, igual piensa y narra que Facia sufrió demasiado. Odra debió advertir comparto su tesis según la cual ella, la hermosa Facia, no mereció el dolor.



Con tristeza, Odra evoca a su hermana. Antes de morir, pactaron se comunicarían desde distintos mundos. Una mañana, una tarde, una noche, Facia decidió entrar en la muerte. Cómo, cuándo en exacto y por qué no lo sabía (*yo*) aún.

—*Es imposible que Facia y yo platiquemos* —insistió Odra—. *No existen los fenómenos paranormales.*

Las elucubraciones de Odra estaban cargadas de incertidumbre, escepticismo y amargura. Me acerqué, la miré y discrepé su conducta. Mi amiga se levantó de una cama donde su cuerpo descansaba, se erigió en un espacio que perfectamente conozco y sostuvo:

—*No podremos departir nuevamente.*

Esa noche, en una zona boscosa de la ciudad, bajo el influjo del frío y piedras de *ópalo noble*, vi por primera vez luz en los ojos de Odra. Una luz que me recordó a Facia: su misma ternura, la idéntica belleza que atrapa nuestra atención, pero, con una inusitada lucidez ante la tragedia. Las piedras se esfumaron y una pieza redonda de *cuarzo violeta* produjo una especie de bruma, ensoñación, a la atmósfera.

Admito haber dialogado suficientemente con Odra. Pero: sólo a partir de esa noche, mi sangre fluía veloz por mi cuerpo. No era

miedo, sino comunión y extremo interés. Una avidez supranormal por Facia, una necesidad de hallarla en la vida, de ofrecerle una inimaginada quietud, obsedía mi espíritu.

Días más tarde, deambulé por ríos: pálidas montañas, fatuas personas y vetas de *crisoprasa*. Cada esquina de la ciudad era una referencia posible, una pista, una esperanza. Anhelé encontrarla en una autopista, de pie, sonreída. Quería detener mi auto, invitarla a subir, protegerla de tanta podredumbre circundante.

Durante uno de mis solitarios recorridos, una oxidada espada apareció sobre el pavimento. El sol castigaba los minerales (*crystal de roca, amatista, ópalo negro*, etc.) esparcidos en derredor y se propagaba hacia diferentes y remotos confines. Paré la máquina. Mis manos se aferraban al volante. Cauteloso, bajé. Escruté el arma que —de súbito— se levantó contra mí. Se materializó un oficial empuñándola: un hombre de ruin aspecto, ojos desorbitados, calvicie, piel dura y comparable a un cerdo.

Corrí. Abrí la maleta del vehículo. Vi mi espada de rubí, forjada la víspera de la creación del Universo. Irascible, la tomé y di varios pasos en dirección al militar. Traté de ajusticiarlo. El sol ponía en evidencia



cuán cerril era el pavimento. Un vapor poco perceptible flotaba encima de la porosa superficie. Aceleré —a fondo— en busca de sosiego en la infinitud: en el despejado cielo, en las estáticas y escasísimas nubes, en los dispersos minerales.

Es de noche. Intento dormir. Repentinamente, Odra surge frente a mí. Me incorporo en la cama, le extendo la mano. Gira su cuerpo y se desplaza. Intento corregir mi visión. No tengo por qué dudar: es ella, Odra, en la obscuridad. Una sonrisa furtiva, una mirada inquisitiva, un rostro altivo.

Odra activa su memoria y transcribo sus recuerdos: —*Facia se licenció en psicología. Su cuadro familiar fue difícil. Una enseñanza formal, excesivamente conductista, la destinó a asumir la vida frívola de sociedades donde las celebraciones son pretextos para exhibir imbecilidades. Accedió a una boda conveniente con un alto oficial de la República de Venezuela: un paranoico unificado cuya espada ostentaba óxido. Un idiota sexualmente indefinido, un cobarde, alguien capaz de persuadir con tontas condecoraciones y sucio rango militar al mundo.*

Para conocer a Facia, no revivirla, porque de hecho existe, me aproximé a Odra: a su entonación vocal, a la expresividad de unos ojos verdeamarillos, a unos cabellos que di-

viso a lo lejos, a una inteligencia limpia y transparente. Perdí cuidado. Sucesivas veces, escuché sus pensamientos y mi pasión aumentó. Mi piel se erizaba, mis ojos enrojecían.

Odra propuso un viaje: ir a una playa, *Quizandal*, en compañía de su hija y una amiga. Me agradó el lugar, cerca de *Puerto Cabello*, pese a que normalmente no tolero la suciedad de nuestras costas. Facia nos siguió. La sentía inmanente a través de Odra. No niego deprimí.

—*Su esposo —el oficial— planeó enloquecerla —repetía Odra—. Escondía lo que colocaba en cualquier parte, como las llaves del automóvil, por ejemplo, para acusarla de perder todo (...)*

El lector sabe soy un espectro, pero nunca deseé algo más fuertemente que ver a Facia. Para mí era importante palpar sus manos: acariciar su cabellera, convertirme en su amigo incondicional. ¿Por qué? —En ocasiones, una pasión extramuros me asalta y me precipita a buscarla más allá de lo explicable.

Odra corría, junto a Kidia y Sarina, la última su hija, mar adentro. Millones de partículas de *rodocrosita* y *crocidolita* cubrieron la playa. Las olas ostentaban un

curso anárquico. Adherí a la velocidad de la luz que resplandecía y vi, en la turbia superficie, a Facia flotar. Implacable el sol, el cielo despejadísimo y las muchachas nadan.

La tarde fatigó. El ambiente se volvió pesado. Las calles: sucias y exiguas personas transitan. Una leve llovizna cae. Odra se recostó en una cama grande. El habitáculo, pintado de azul, soportaba una decoración fútil. No sólo a mi parecer, sino al de ella. Mi condición fantasmal cambiaba, mi cuerpo ya no atravesaba las paredes. Pero: era aún imperceptible. Me sobrevienen temores mortales. ¿Qué me ocurre? ¿Volveré a la vida ordinaria? —Facia surgió ante mí, afuera, en las escaleras de acceso a la residencia. Su rostro difuminaba la luz de unos seductores ojos.

*—Quien fue mi esposo creyó convencer a mi padre de mi locura —expuso—. Tú y yo, Alberto, conocemos la verdad: mi lucidez ha sido envidiable...*

Procuré tocarla y mi mano penetró la figura. No era Facia, pero, sí Odra hablándome con su voz, en la noche lluviosa. Aseveró que la lucidez, cuando es extraordinaria, suele confundirse con la demencia. Departía, fluidamente, caminaba alrededor y su mirada se captaba enrarecida. En segundos,

sus cabellos crecieron. Su voz, movimientos y dejo melancólico no provenían de sí. Vi en su *Ser Físico* a Facia. Lo reprobaba, me cuestionaba *tanta imaginación*.

Rápidamente, regresamos a Mérida. En una cabaña del *River Side*, en *El Valle*, Odra mostró los ojos de Olivia Newton John comparándolos a los de Facia. Quizá, color de montaña en primavera. Antes, prendió el reproductor de música y una cinta dejó oír la voz de su hermana. Mi piel se erizó. Me angustié, el frío me fustigó. Las voces me atormentaban, la de Odra, más firme, y la de Facia, apagada, un lamento (...)

En la tristeza de Odra comprendí su incapacidad para superar la muerte de su familiar. Me pregunto una y otra vez: ¿no es superior entrar volitivamente a la muerte o igual a voluntad lograr que alguien regrese de la misma? —Odra negó, en dos oportunidades, la probabilidad de comunicarse con Facia. Hoy juzgo ella es su hermana. Lo intuí desde los primeros días. Vive en sus movimientos, en su andar firme y decidido, en las plántulas que envuelven su residencia, en el sol que prodiga brillo a sus ojos, en las tinieblas (...)

Si su voz —la de Facia— estaba impresa en una cinta; si todos podíamos escucharla: ¿por qué no verla? —Tan imposible es



que el mundo *sea multidimensional*, explicable, sondable, antilógico, real. La *muerte* y la *vida* sin paradigmas, sin trabas, al unísono cual ejecución musical. La *muerte* en la *vida*, la existencia por encima de la razón que todo lo lleva al concepto y encasilla.

Ahora su voz me acompaña. Conduzco el automóvil y la escucho. Me dice cosas intraducibles. Me da calor cuando el frío azota mi espíritu. Experimento una perfecta comunión, una relación suprafísica donde la inquisición no procede. Fluye como el viento, sin mordazas, y la máquina acelera sin mi potestad. La velocidad no es *percusión*. La luz no es índole distinta a *Facia*. Está en todas partes, conmigo, y espero hablarle. Lo haré —sentencio—: será mi triunfo allanar su espacio vital (...)

—*Tuve el arma en mis manos* —profirió Odra, en la cabaña, al anochecer—. *Debía morir. Pensó sufría y padecían por ella.*

**II**  
**(La Fiesta)**



En una casa de viejo aspecto, construida por sus dueños, con paredes semifrisadas, llena de óleos, dibujos y tapices, hubo una fiesta. Odra fue especialmente invitada. Incluso, tuvo la responsabilidad de preparar una carne horneada en sal. Un plato fácil y exquisito. Quizá para burlarse de mí (o confundirme) *se vistió al estilo de Facia*. Usó un abrigo amarillo, lanudo, y sus ojos lucían hermosísimos. Su ajustada blusa verde e igual apretado pantalón blanco concedían sensualidad a un cuerpo alto, bienformado, rebelde. Tirada en una hamaca, a todos ofrecía una mordida sonrisa.

Aquella casa era un zoológico. Cualesquiera espécimen de hombre o mujer aparecía en escena: pintores, escritores, músi-

cos y actores. La fauna pudrió la salud de una casa edificada con cariño, sin prejuicios. Hoy sé Odra intentó persuadirme con su disfraz. Se me antojaba inhóspito el lugar. Padecí una depresión terrible, náusea, tristeza. Pese a lo cual, charlé con ella. Sus labios —exageradamente pintados— besaban en cada sorbo el vaso con ron. Noté desespero en sus manos cuando bebía. No creí que Facia se hubiere comportado de forma semejante. De improviso, me dijo: *Alberto, te traiciono*. No dilucidé la frase. Pensé se mofaba de mí, de sí misma, del medio ambiente (...) Me extrañó su (im) postura: acartonada, frívola, de una sorpresiva puerilidad (...)

Confieso mi mayúsculo malestar. Cómo digerir la fiesta. Cuánta hipocresía se expandía entre los invitados y paracaidistas. Ninguna confidencia real o calor humano. La música forzaba el ambiente. Diría que la reunión era para imbéciles. En tal sentido, no niego fui uno más durante hora y media. La recuerdo, a Facia, a Odra, con sus labios de exacerbada sensualidad. Por instantes, su mirada fue penetrante. Otras veces su fortaleza visual se deshacía y saboreaba el licor con la lengua enrojecida. Mi garganta humedeció. Me asaltó la taquicardia. Respiré. En mi mente, escribí un poema que transcribo:

*No hay tormento en mi espíritu,  
Ningún vestigio de encierro físico  
O alguna forma de odio: sólo quietud.*

*Ante el mundanismo, la transparencia  
De un sentimiento limpio; necesidad de tu  
[luz...*

Un pintor —cuyo nombre no mencionaré por asco— se acostó junto a Odra en la hamaca. Me repugnó ver al infando hombrecillo tan cerca de ella, de la pulcritud de mi joven y venerada amiga, y nada pude hacer para evitarlo. Deploré respirase, ese esputo de tuberculoso, tan próximo a Odra. Me vi paralizado. No tuve por qué impedirlo. Es decir: no era mi jurisdicción. La náusea me asedió.

La madurez, la resignación y la capacidad de respetar el libre albedrío del prójimo son poderosísimas razones que debo acoger en mi normal juicio. Pero: soy tan mortal y conflictivo pese a mi condición espectral. Soy tan débil frente a quien me inspira algo especial. Empero, el vulgo me imaginó emocionalmente infalible.

No logré soportar la fiesta. Sin despedirme, de improviso, abordé mi automóvil y fui al *River Side* donde pasé una incómoda noche. Abrumado y sin conciliar el sueño, me revolcaba en la cama. En la biblioteca miré la fotografía de Facia. Presa del desa-

mor, no sé. Realmente, ¿estuviste en el cuerpo de Odra? —pregunté a las sombras y al silencio—. La gata no cesaba de observarme. Un grillo inició un concierto. Hacía frío. Las butacas me examinaban. Vi diamantes suspendidos por el recinto.

Al lector, reitero: no creí se trataba de ella. Odra solía burlarse de mí, jugar con mi mente, divertirse aun en mi severidad, y yo me complacía de su actitud, de su fresca confianza. La noche de la fiesta resultó una excepción: entristecí y callé.

III  
(Precognición en Reverso)



Transcurrido el tiempo, reflexioné. Presumí ya no era un espectro. Mi fervor por existir, por verme mortal, conformaba el Arte Final de una convicción. Para entonces, me impliqué en el episodio que a continuación narro:

—Facia se levantó deprimida. Cada minuto retumbaba en su conciencia, en una cavidad craneana de aterradora lucidez. Sus ojos lucían apagados, su voz queda. Diminutos trozos de *agata* y *jaspe* frangían los espacios vacíos. Al borde del ventanal, once colibríes muestran sus postizas dentaduras. Un *Pinus Aristata*, vilmente reducido por la técnica china, yacía en uno de los ángulos de la recámara. Ella caminó y aprehendió una pistola automática. Hago un esfuerzo



por sentirme en su *Ser Físico y mente*. Quise abrazarla fuerte, sin resignación. Maldije una probable detonación. Las olas del mar danzaban y chocaban con nuestros cuerpos. El ambiente resplandecía. La luz se esfundía por la totalidad de los ámbitos. La mano derecha de Facia montó el gatillo del arma. Apunta su sien. Más tarde, lo que juré ineluctable desaparecía bajo mi estupefacción.

El *River Side* (la piscina que desde mi cabaña solía mirar, las montañas, los perros enjaulados, el azulísimo cielo) resurgió:

—*Cuando amaba, Facia entregaba todo*—  
—evoqué las frases de Odra—. *Le placía otorgar, proteger...*

En el instante de afirmar lo subrayado, Odra no supo me identifiqué con Facia. Amé y di cuanto creí poseer e, incluso, deseé morir: en la dicha fallecer. Es el placer infinito en la entrega absoluta. Existir plenamente durante una hora, un día, un mes, un año, una eternidad.

¿Me habré equivocado al presumir incapacidad en Odra para superar la muerte de su hermana? ¿No habían rasgos, acentuadísimos, de Facia en ella? —Se dirá enloquecí a partir de una imagen fotográfica, y postulo la resurrección siempre que la pasión emerja. Sé *existo*, hoy, *aquí*, pese a mis abruptas depresiones. Facia es mi verdad,

la contraparte de la muerte total, y poco importa el juicio del mundo exterior. Si no se conoce algo distinto a la locura: ¿por qué elegir la sumisión? —Poéticamente, proclamo:

*Si pudiese de mi vida  
Transformar la podredumbre en luz  
Y la música —en la perpetuidad—  
Encerrarse mi existencia.  
Si pudiese inspirar  
La ternura e infinitud que soy:  
¿No habría resucitado?*

El incidente, la visión en reverso, la alucinación fundada, como quiera la denominemos, me mantuvo presa del estupor. Hacía frío y la cabaña no encubría el desorden. Los mismos colibríes, once, entran y salen irregularmente. Rick Wakeman, en su *White Rock*, confiere sobriedad a la residencia. Tal vez para disentir de mis conjeturas, el destino me enfrentó de nuevo a Facia. Sus cabellos no son tan largos, sus ojos verdeamarillos y luminosos, sus manos frágiles a la vista, la mirada disquisidora, tantos otros encantos inocultables; junto al reproductor de música, yo. Ella enuncia:

*—Existo, Alberto, porque lo deseas infinitamente. Mi volición da forma a tu cuerpo. Eres en la eternidad por cuanto soy tu delatora (...)*

—Igual existo —impugné y apreté sus manos—. Puedes verme, oler mi piel, tocar-me. Tu pensamiento revienta en mi mente, propende una especie de mudo estallido.

—*La música de Wakeman, Bah, Emerson y Yes representan la abstracción de nuestro firmamento.*

A través de la ventana el minúsculo hombre, el militar de quince centímetros de estatura, calvicie pronunciada, ojos grandes, rasgos homosexuales, apunta a Facia con una pistola automática. Bruscamente, me levanto y lanzo un golpe; mis movimientos son lentísimos. Al parecer, el tiempo *no es*. La mano del oficial sostiene con firmeza el arma. Facia llora. Oigo la detonación. Veo humo alrededor de la pistola. Hay alevosía en las endurecidas expresiones del miserable. Ahora, *el tiempo es*. Evoco mi sable de rubí. La sien de mi amiga sangra.

El silencio rige y golpean la puerta de la cabaña. Odra me visita. Está deprimida. Sus ojos no se detienen en sus órbitas. Sus pies no tocan la superficie del piso. Sin duda, levita. Wakeman no culmina su *White Rock*. La miro. Sus labios expresan mensajes indescifrables. Miro su mente: veo dolor, inconmensurable dolor, figuras geométricas informes. Prosigo escrutándola. Oscurece y la luna surge ante ambos. Ella la toma:

—¿Qué sucede? —inquirí.

—*La luna* —replicó—. *¡Es hermosa!*

El sol se propaga otra vez por la cabaña. No hay pájaros. Hace frío. Odra se deja caer en la butaca principal. Hago café. El sonido viaja a todos los espacios; nadie habla. Recuerdo al páramo: frailejones, silencio, frío, perpetuidad. Y una mujer, Facia, camina oculta bajo una lívida túnica.

Odra me mira. Le extiendo una taza con café. La ventanilla, detrás de ella, tiene 21 piezas de vidrio. La cortina es clara. El *White Rock* agoniza. Luchamos por hallar una respuesta a lo inexplicable. Inesperadamente, extrajo una soga con el nudo del ahorcado. Su rostro es de severidad, extrema severidad. Me acerco. Estoy a escasos centímetros de su cuerpo. Suavemente, me coloca la soga en el cuello. Facia reaparece a su lado, con la lívida túnica, y empuña mi espada. Corta. Se funden en un solo ser.

—*El suicidio no es un juego* —repuso Odra, Facia, qué se yo—. *En cambio, la inducción al crimen sí lo es: un juego infausto. Y, la venganza no es punible cuando sus premisas sostienen una verdad...*

—Anhele matarlo —interrumpí.

—*A los mortales deja su infierno* —concluyó.



**IV**  
**(Trance)**

blina. Mi cuerpo: flexible. Facia, en su condición *espectroente*, me poseyó. Caí desplomado. Mi respiración se agitó. Me faltó oxígeno. Mi tensión arterial es bajísima. Porque minutos antes conté mi conexión con ella, furiosa me sometió. Promulgué un secreto. No reincidiré.

Me doblega el miedo. Oigo la guitarra de Rubén Riera, su depuradísima ejecución. Después: a Crosby, Stills, Nash and Young Month.

Recuperé estabilidad. El sudor frío quedó en los papeles higiénicos. Mi agotamiento es extraordinario. Respiro profundo. La gata me observa. La quietud se impone. Los ladridos acallan. Estoy tan confundido. Recurrí a mi tutor del *mundo espectral*: al maestro y protector, al anciano de lívida tez.

El auto me pasea por la ciudad y persigo las luces que furtivamente aparecen. La vegetación es abundante a los costados de la carretera panamericana. Me detengo en la *Plaza de Los Hechos*. Ahí estaba el maestro, sentado, con su mirada inquisidora y luminosa. Abandono la máquina.

—Maestro: estoy confundido. No sé si soy mortal o espectro. Efusivamente, busqué a Facia. La hallé. Es conmigo, Señor, ¿o imagino? ¿Me volví loco? ¿Qué debo hacer?



—Una vez lo declaré y lo repito.—pronunció, telepáticamente, el anciano—: *nuestra verdad no requiere confirmación externa.*

—¿Vive Facia en Odra?

—No yerras: en ocasiones, Odra viaja al mundo espectral. Facia —otras veces— usa el cuerpo de su hermana.

—¿Enloquecí?

—La lucidez no existe.

—¿Qué la suple?

—El equilibrio en la praxis del poder espiritual. Búscalo sin cuidado.

—Dime: ¿empieza mi equilibrio en la usurpación de normas mortales? ¿O comienza donde la libertad no es un concepto que limita el albedrío a la conveniencia?

—Estás obsesionado por la mortalidad. Atormentado por encontrar confirmación externa a tus acciones y percepciones. Desesperado ante la responsabilidad de excluir la censura, gendarme de la moral, de un camino más límpido que el agua de manantiales inaccesibles...

! Mi protector transformó sus sosegados ojos en dos carbones ardientes; un frío intolerable me comprimió el estómago y sólo pude expresar:

—Te enfureces, Señor.

—*El devenir, mi joven monstruo, es una piedra preciosa irrechazable. No le antepongas falibilidad. Devenir deviene de ven ir. Una palabra y siete letras. Divisible, indistintamente al orden. La verdad no existe fuera de la divisibilidad. Eres una parte que halló la fuente de cuya ya remota división nació. Lo más allá de lo físico, como Facia, es más cerca de tí. Su imantación es la tuya. Has entrado a la muerte.*

—No soy un monstruo, Tutor. Busco —incesantemente— respuestas. Tú ayudas.

—*La mente es un instrumento que exige cierta disciplina. Hoy eres un monstruo por tu impulsividad. ¿Olvidas que para existir no necesitamos respuestas tampoco?*

—No olvido, Señor, que hasta la existencia es gracias a nuestros sentidos. Vivir es una misión. Superar la indisciplina mental es menester. Si no necesitamos respuestas: ¿qué procuro?

—*Lo jamás inaceptable.*

—¿Amor?

—*Aciertas. Cierra los párpados. Te ayudaré a descansar. Al abrirlos, estarás en tu cabaña del River Side.*

La gata se pasea sigilosa. Bajo el sol y la lluvia brillan las blancas paredes. Las plán-

tulas del jardín cantan. La brisa es suave. El calendario postula el 8 de septiembre y confieso nunca pasé por momentos más angustiosos. Jethro Tull me recrea con su *Thick As Brick*. Me doy la tarea de regresar a la calma. El piso se ha inundado de diamantes y mi mente de cubos diminutos, *ultramicroscópicos*. En cada uno registro un suceso. Mis manos no sudarán.

Los árboles, mi gata, el sol y el firmamento se unen y crean una fuerza subterránea. La lluvia cesa. La música es profusa en el jardín frontal de mi cabaña. El cielo se ve limpio. Mis pensamientos no son tales, sino centenares de cubos que navegan en un océano craneano sin oasis. Las paradojas del maestro generan preguntas circulares. La flauta de Tull despega.

—Devenir deviene *de ven ir* —recuerdo a mi tutor—. Una palabra y siete letras. Indistintamente al orden, divisibles. La verdad no existe fuera de la divisibilidad...

Ningún ruido. Miro hacia las montañas.

**V**  
**(Espejo Múltiple)**

Aparencialmente, la noche estableció. Lluve con indecible frecuencia. Una lámpara blanca, móvil, ilumina la página. La mesa es redonda. Mis pensamientos: tristes, resignados ante la ausencia de Facia. El 3 de septiembre, cuando me abatió el *trance*, elegí el vacío. Creí sería lo mejor, pero, hoy formulo una confidencia: me equivoqué. Estoy afligido, en exceso afectado. En el mundo, soy forastero. No puedo aceptar que señales de tránsito determinen mi ruta porque —obvio es— no conocen mi dolor. Me hiera la ausencia de Facia. Rogaré, esta misma noche, su regreso. Tengo sed de su vehemencia al caminar, de su complicidad, de su ternura.

El mundo exterior pretende confinarme a lo fútil, execrable e ininteligible de la



sumisión. No quiero admitir es 8 de septiembre. *No* soy una magnitud aritmética. Si permito que las normas programen mi bitácora, habré inclinado mi cabeza frente a los antropomorfismos del *hombrepragma*. Mi tristeza acrecienta por *Facia*. Bastará minutos para su retorno. Veo al *Espejo Múltiple*: una habitación cuyas paredes son *vidrioreflejos*. Ningún objeto. Lluve. Hay frío. Odra está de pie, ensimismada, a un metro de cada espejo.

El traje de Odra es un mono de lana, una sola pieza gris, ajustado al cuerpo. Sus pies: descalzos. Su vientre parece abultado. Siem- pre que algo se mueve: con fuerza, prisione- ro de una angustia por romper la piel y exhibir su monstruosidad física. Los ojos de mi amiga son verdeamarillos, sus cabellos color castañas, sus secos labios denotan pá- nico. Fuera del habitáculo, oigo el estrépito del chaparrón. El vientre reduce su volu- men. El feto —monstruo— *no es* en el *tiempo espacio*. Fue ilusión. Ella lo sabe. En su mente surgen cubos *ultramicroscó picos*. En uno almacena el terror, en otro al pequeño y frustrado espécimen.

—*El oficial mandó amputar los dedos pe- queños de sus pies —rompió el silencio O- dra, al sentir mi presencia—. Para justificar la acción, alegó no lograba ponerse los za- patos número 40.*

Aparece el militar, desnudo, sonreído y su pene mide lo que un fémur. Pende sin erección. Por otra parte, sus testículos son flácidos: aplomados, sin vida. Abruptamente, Odra emerge de la nada y empuña mi espada. La levanta a la altura de su cabeza. Sus ojos son carbones encendidos, los movimientos violentos y perfectos. Su tez: rojiza. De un impacto le mutila el miembro. Un chorro de lodo brota y ensucia al *Espejo Múltiple*. El ambiente se torna fumoso. Ella ríe a carcajadas.

Durante una semana, ofuscada, Odra acudió a la habitación del *Espejo Múltiple*. Usaba el mismo mono ajustado al cuerpo, meditaba y monótonamente aparecía el "hombre". Quince centímetros de estatura, calvicie pronunciada, mirada criminal, rasgos homosexuales. Levantaba el hacha con ambas manos, en exacta verticalidad, respiraba profundo y ajusticiaba al vil individuo. Una y otra vez —iracunda— hundía el arma en su cabeza.

El sosiego se instaló en Odra. Me di la misión de escrutarla cada segundo, con alegría y complicidad. Me extasiaba su penetrante mirada, su amorosa demencia, sus cabellos rebeldes y no muy cortos, su piel dorada por el sol de oriente, su inteligencia para asumir a Facia, sus ojos verdeamari-

llos, labios expresivos, su andar firme y decidido, la luz de unos ojos que adoro, la paz, el dolor, la felicidad de una resurrección, la angustia.

Odra descargaba años de ira, una tonelada de acero sobre la calvicie. La vi dichosa, satisfecha de sus acciones, silenciosamente recuperada en su espiritualidad, de regreso a un mundo al que reclama ternura, aprobación, embriagada de sí misma, dispuesta a vivir muchos años, todos los siglos, la perpetuidad si se pareciese al gozo: porque nadie entró a la existencia para sufrir. Mientras al *Ser Humano* le quede un mínimo de ilucidez escupirá cuanto le impida un placer inextinguible.

Ulteriormente, las montañas de la ciudad retornaron: una espesa vegetación y neblina las cubría. La realidad quiso ser *realidad*, bajo un déspota frío; grises calles, incertidumbre, miradas cerriles, máquinas contaminantes, sopor, smog. La realidad representada por su mediocre consistencia: inimaginación, poca percepción, mundanismo. Hombres y mujeres forjados en el disparate de la repetición verbal y acobardados.

El entorno se erige y *Facia* vive. Es un *espectroente*, pero, igual un *Ser Físico*. Deambula en los espacios vacíos: sonrío, le-

vanta el hacha, a justicia. Se procura un tiempo que le fue arrebatado. Comparte la efusión de una hora de plenitud existencial, de fervor.

No adhiero a interrogantes científicas. Algo viene de la nada, de lo inexplicable, de lo discutible, no importa. Deviene y aparto elucubraciones ligeras. La existencia no tolera a la ciencia. La Lógica es una impostura, ridícula credencial de incapaces. La matemática una aberración y juego para descerebrados. Las *percepciones extraconscientes* son dones, virtudes superiores. Es impostergable amanecer en las flores, deportar los juicios al sentimiento, vencer a la lucidez. Odra lo intuía. El más perfecto de los equilibrios se halla en la demencia. Por ello, Facia transformó sus creencias en catecismo personal y secreto.

**VI**  
**(Diálogo en el Cafetín)**



Los días, las horas, transcurrían en penumbras. La ciudad se superpobló y los automóviles congestionaron las calles. Las lluvias continuaban e igual los derrumbes en la ruta hacia el *River Side*. El azar concedió un encuentro entre Odra y yo. El cafetín ostentaba una decoración horrible. Alrededor de una mesa de plástico y aluminio, dialogamos:

—*No soy Facia* —promulgó severamente—. *Tienes que aceptarlo.*

—Te equivocas —intenté corregir.

—*Entiéndelo...*

—De acuerdo: sólo en este momento, no eres Facia.

—*Nunca lo fui. Es una locura: ¿te das cuenta?*

Al parecer, Odra se había impuesto la tarea de contradecirme. Pidió una limonada. Fumó con ansiedad. Me amonestó. No pude sostener su fortísima mirada. Bajé la guardia.

—Tarde o temprano lo negarías —sentencié.

—*No te aflijas* —murmuró.

—Sería forzoso evitarlo.

—*La llamaré y le hablaremos. Prepárale una silla.*

Me levanté, rodé una de las sillas y volví a mi lugar. Odra abrió plenamente sus ojos. Un aura purpúrea rodeó aquellos pedacitos de fuego. Me puse nervioso. Facia se acercó a la butaca. Excepto Odra y yo, ninguno de los exiguos y dispersos clientes la vio.

—*Se ha sentado* —dijo Odra escrutándome—. *¿La ves? ¿Cómo estás, nené?*

—Facia: *¿deseas tomar algo?* —inquirí.

—*De este mundo, nada puede ingerir* —advirtió mi amiga.

—*¿Qué le ofrecemos?*

Odra me sugirió preguntase a su hermana si eran la misma persona. Con su mano derecha me sujetaba la sien y me obligaba enfrentarme a Facia. La situación es ab-

surda para el mesonero que nos vigila. Supone enloquecimos. Conversamos con alguien imperceptible a él.

—¿Convencido, Alberto? —bufó Odra—. *Facia y yo somos distintas personas.*

—No lo acepto —aclaré.

—Hazlo . . .

—Sólo por tí: ¿contenta?

Estupefacto, el mesonero sigue observándonos. Un desconocido ríe a medias. La música suena mal. Odra se antoja de un café. Llamo al muchacho. Facia cruza miradas con su hermana. Aprieto su mano.

—Facia: no me olvidarás, ¿verdad? —la sorprendí.

—*Segura que no.* —respondió.

—¿Escuchaste a tu hermana? —No me despreciará. Es una virtud que aspiramos merecer. Si no eres Facia, tampoco soy Alberto. Somos cobardes: nos cuesta vivir sin complicaciones pueriles.

—*Cállate*— gritó Odra.

A una señal mía, el mesonero se presentó. Le pedí un jugo de frutas y café. Sin reflexionar, el joven partió. Me vi angustiado. La risa de Odra es compulsiva. Aferro las manos a mi cabeza.

Facia nos indica el centro de la mesa. Ahí se realiza un funeral. Rostros familiares, compunción, llantos. La minúscula imagen no era de fácil percepción. Un grupo de masones no quita la mirada al militar que —aparentemente afligido— encabeza la ceremonia. Odra se introduce en su auto y —en velocidad neutral— acelera. La máquina andaría cuando el oficial estuviese adelante. La imagen se disipa.

—Vámonos —propuse.

No sólo ya dejé de ser un espectro en la historia. Vivo en el *River Side*, experimento una melancolía casi deliciosa, una angustia y ansiedad por la ausencia de Facia. La veo y la paz me sobreviene: una felicidad de tenerla próxima, de oír su voz, de comprender hablamos símil lenguaje, de prodigarle ternura, de consentirla en su indefensión psíquica, de llamarla nené. Y sus pedacitos de fuego, su aire fantasmal al soltar las palabras, invierten mis depresiones en dicha.

Hoy admito mi demencia. No estoy en un error: amo a Facia, su (in) fortunio, sus manos manchadas de nicotina, su aliento alcohólico, sus ratos de abstemia, su atrevimiento suicida, pero, por encima de todo, aspiro verla libre de una desesperación que la impulsa a extraviarse. Una vez más, le escribí:

*Recuerda no puedo amar a la nada,  
De tu respiración dependo como un niño  
Y me ahoga un miedo fundado:  
Evócame, porque soy fluido en tu mente  
Agitada de tiempo arrebatado...*

El vehículo se desplazaba, las calles estaban repletas de gente, el sol hervía las aceras y nosotros (Odra y yo) íbamos inmersos en pensamientos.



**VII**  
**(La Carta)**

La víspera del fin de septiembre, Facia me llevó una carta a la oficina. La secretaria la describió alta, porte rebelde, cabellos color castañas, blanca, ojos verdeamarillos y aire fantasmal. "Bastante rara" —resumió—. Tomé el sobre y lo abrí:

*Alberto Jiménez Ure*  
*Universidad de Los Andes*

*Cuánta felicidad me invade, querido Alberto. Jamás pensé podría —de algún modo— dejar a ratos el mundo espectral que habito. Es inimaginable. A veces temo —sin embargo— no logres mantenerte equilibrado por mi causa. Cuidate. Prosigue fuerte, lúcido en la demencia.*

*¿Dirás a Odra estuve aquí? —La adoro. Me permite entrar a su Ser Físico. No abandones tu amistad con ella. Yo sufriría.*

*Sabes: eres un loco, un hombre que perdió la brújula mortal, un enfermo por haber usado la mente a extremos insondeables. Pero, si nadie comparte tus percepciones, no doblegues. Recuerda: no son alucinaciones. Nuestra verdad no requiere confirmación externa.*

*Te necesito incondicionalmente. ¿Te lo dije antes? Pretendo tu adhesión perpetua casi. Porque, en ocasiones, experimento formidables frío. Entonces, te anhele. Tu muerte nos acercaría. Nos protegeríamos. Volaríamos sobre los ríos, sin finito.*

*Con frecuencia le hablo a mis compañeros espectroentes de tí. Les agradaría conocerte: tenerte miembro de la legión, compartir contigo reflexiones. . . .*

*Volveré a escribirte. Te amo:*

**Facia**

Sucesivas veces leí la carta. Sentí un encantamiento infantil, un maravilloso sopor en la mente, la confirmación de una vida de conjeturas. Once pájaros con dentaduras postizas, aturridos por el estupor, sobrevolaron mi oficina. Mis manos doblan la carta, la tierra paraliza su rotación y una calma indiciosa me apodera.

**VIII**  
**(Praxis de Premoniciones)**

En la *Pradera Perpetua*, al Norte de Mérida, Facia y un mortal ejecutan *praxis de premoniciones*. Es una tarde con poco sol, frío tolerable y nubes blanquísimas. Las plántulas mueven sus hojas. El mortal, soy. Ella pronuncia:

—*Llegó el tiempo que fue inatrapable. Cada instante es apacible. Son años, meses y días de materializaciones deseadas. Se impuso la abolición de cualquier método de autodestrucción física o psíquica. Hay luz, infinita luz, en nuestras mentes. Ningún dolor. Nuestros cuerpos irradian una forma de poder ante el prójimo: suprema persuasión, dominación de los estadios de la psique. Triunfó lo supranormal.*



Mientras ensillo los caballos, Facia me habla. La *Pradera Perpetua*, enrarecida por millones de menudas flores amarillas, se muestra sin límites. Los ojos de mi amiga —pedacitos de fuego— me miran con tanta insistencia que inclino mi cabeza en señal de asentimiento. Encima del podado césped, Odra:

—¿Adónde iremos? —expuso.

—Después de la *Pradera Perpetua*, no hay rumbos —repuse.

—¿Es sospecha o confirmación?

—Confirmación.

Montamos los solípedos. Al galope, ambos animales responden a los dictados de nuestra conciencia. Pensamos en un lugar y ellos —rápidamente— obedecen. Al paso de los mismos, de la superficie brotan diamantes. Declamo:

*Somos una causa tras un fin que ha llegado,  
Maravillosamente, libre de la rigidez.*

*Pedacitos de fuego, ojos verdeamarillos,  
en la Pradera Perpetua la verdad se erige:  
Sin tiempo determinado por relojes,  
Con una certeza y confirmación en decurso...*

La realidad parece ambigua, nuestros pensamientos y actos no. Hay una dimensión a través de la cual el *Ser Humano* se

instala en su poder: inductivo, afectivo, constructivo, pero, igual de aniquilamiento. Facia, Odra y yo no pretendemos la destrucción de lo que es fuera de nosotros. En las *praxis de premoniciones* vimos fortuna: trascendencia psíquica, física, confort múltiple. No es ensoñación. Es el asentamiento de un devenir que ya se volvió presente. Es la belleza:

*Libre de la rigidez, somos una causa  
Tras un fin que ha llegado maravillosa-  
[mente.*

*Pedacitos de fuego, ojos verdeamarillos,  
La verdad se erige en la Pradera Perpetua:  
Por relojes sin tiempo determinado,  
Con una certeza y confirmación en decurso...*

Transcurridos los minutos, mi mente *en reverso* se mostró el film (digo) del primer capítulo de esta narración (*Una fotografía de Facia me introdujo en la dimensión de los mortales: aquella mirada inquisitiva a veces, dulcísima, a través de unos ojos de casi inenarrable color...*) Los caballos bebían agua de un riachuelo cuya transparencia me impresionó. Una especie de dorada neblina bajó de las distantes montañas, el sol apagó sus rayos y Odra jugó con la pelambre de su potro. El film me develó una verdad que logró forma definitiva, sin pormenores desiguales, fluidamente, a par-

tir de lo cual nuestro destino se tornó infalible. Nada fuera de nuestros deseos, necesidades y complicidad es superior ni capaz de vulnerarnos.

Poseo mi mente, la dirijo como Odra, practicamos la inducción telepática, la lucidez en la demencia, el no enjuiciamiento a la moral individual. Somos una irrepetible complicidad, una gota de lluvia en el firmamento, un rayo de sol que da vida al césped, el poder que rige a los caballos, una pasión prodigiosa.

Ya nuestras existencias no fluctuaban, *eran*, se habían afirmado en sí mismas: como los ríos que a nadie consultan su cauce. A Odra y a mí nos sostiene una verdad inexplicable: nos alimentamos de ella, de un tiempo apresado en la inteligencia.

**IX**  
**(Insomnio)**

Hoy es la madrugada del 23 de septiembre (2:30). Ayer departí con Facia. La vi feliz, un poco más decidida que de costumbre, un dejo de fabulosa niñez, encantada de ser mi nené. Me alegré por haber compartido una tarde tan hermosa con ella, esa criaturita para cuyos deseos vivo.

Mi gata está junto al manuscrito de este episodio. Se lame y me lame obsesivamente. Sus ojos son grandísimos y miméticos. Recuerdo a Odra, sus entrecortadas expresiones, cierta timidez, su misterio en la confidencia, su necesidad de retozar. Tiene por hábito pronunciar a medias sus reflexiones: suerte de embalsamamiento de una psique reprimida. La felina muerde mis manos.



Por primera vez —luego de implicarme en esta historia— puedo declarar me alimento de la psique de Odra. Se dirá es una relación enfermiza, peligrosa, inconductista. No importa. Está viva: respira, piensa, postula su *Ser Físico* ante los espejos.

—*Mírate en los espejos, Alberto* —me emplazaba—. *¿Te da miedo?*

—No quiero —apunté—. *¿Para qué?*  
—Prefiero contemplarte.

—*No temas.*

—No cambiarás mi opinión. *¿Por qué tú no lo haces?* —Eres bella; yo —en cambio— soy monstruoso.

—*¿Monstruoso? ¿Cómo lo sabes si no te placen los espejos?*

—Yerras. A veces me miro en ellos.

—*¿Y qué has visto?*

—Mi imagen: sólo eso.

—*¿No te reconoces en los vidrioreflejos?*

—Parcialmente.

—*¿Por qué?*

—Los espejos no reflejan todo cuanto soy.

Presumimos una súbita presencia. Alguien nos oía. Minutos antes, le confesé que para mí ella era mi doble. Hubo un silencio paradójal. Luego: *la presencia.*

Es casi las 3 am. Excepto los ladridos de Rex (el perro guardián) en el *River Side* ningún ruido se escucha. La montaña espera el amanecer, igual yo. Mi mente —que ya penetró la de Facia— volverá a nutrirse. Me vestiré de Odra, caminaré con sus piernas, miraré con sus pedacitos de fuego, develaré lo más recóndito de sí. No me aterra la idea. Mi cuerpo esperará mi regreso. La *metempsychosis* no es una locura involutiva. Es profundísima práctica terapéutica.

Odra estará feliz por ambos. No eludirá su atribución de cooperar entregándose a mí. A su mente conferiré el auténtico rango y medrará mi interioridad. Puliré su psique, abandonada piedra preciosa, e inmantaré su estructura molecular.

En mi mente flotan cubos *ultramicroscópicos* que almacenan sucesos: una conducta de Odra, las fotografías de Facia, diálogos pretéritos, reflexiones, premoniciones y antídotos. Va fuera de mi cuerpo cuando protege a mi amiga. Absorbe su tristeza o dicha. Los picaportes de la casa giran por sí mismos y abren las puertas. Los grifos expulsan el agua de oxidados conductos. Las cortinas se explayan. Varios *espectroentes* escandalizan en la obscuridad.

**X**  
**(Ajedrez)**

En el mundo exterior, quizá cada cosa esté definida por un movimiento irrepetible en el tiempo y del que depende la vida mortal. Contrario a ello, en la interioridad de un *Ser Humano* la determinación no es forjada cual lo haría un jugador de ajedrez: rigurosamente en límites espaciales. Facia vivió enfrentada a lo escabroso de un espacio físico de intolerables límites, encadenada a un individuo ruin, a una circunstancia estrangulante y claudicó. Así lo pienso cuando ella, presa de una crónica depresión, se aferra a la pistola.

El habitáculo es un octaedro. Las paredes no están frisadas ni pintadas. No pude explicarme cómo fue posible la suspensión

perfecta del transparente líquido en el recinto. Un *Pinus Aristata* flota. En el decurso de la narración, una vez advertí había sido cobardemente reducido por la técnica china. Facia levita. No hay ventanas, sólo el agua que delinea las paredes. Se lleva el arma a la cabeza. Noto rigidez en sus músculos, sus ojos no tienen luz, su pulso tiembla y la planta gira alrededor de un eje imperceptible. Soy un espectro, pero, quiero tocarla. Mi velocidad es la de mi pensamiento. Me angustio. El cañón de la pistola acaricia la sien de mi amiga. Sus cabellos están rizados aún. Su índice activa y oigo la detonación. Millones de átomos acelerados calientan su cabeza. Facia se reduce, se transforma en una niña. Once pájaros con dentaduras postizas aparecen.

Salí del octaedro. Afuera —atenta al film— Odra me esperaba. Se sentía traicionada por su hermana, sola y atónita. La complicidad entre ambas culminaba en una detonación repentina, con una acción precipitada. Pese a la evidente tristeza, sus ojos lucían hermosísimos: siempre llenos de luz, de anhelo futuro, de secreto fervor. Fueron rayos que en la penumbra iluminaron la *Pradera Perpetua*. Al fondo, el *Pinus Aristata* ha crecido. Odra me invita



a montar en su yegua. Acepto. No reviviremos el dolor de Facia. Esfumándose, el octaedro develó un pequeño tablero de ajedrez.

## POST-SCRIPTUM

Mi edad no excedía los diez años cuando elegí el oficio de escritor. Habitaba un inhóspito Campo Petrolero Venezolano donde las preocupaciones humanísticas eran ridículas y sin valor discutible. Como las razones se me antojan obvias, eludo cualquier exigencia que intente la dilucidación del descrédito expuesto y subrayado.

El tiempo ha transcurrido y experimento la fortuna de ser un narrador. Igual me sobreviene la resignación ante acciones fallidas e incorregibles (quizá porque no soy algo distinto a un hombre que yerra una y otra vez: un individuo cuya verdad está inserta en lo envés, la multiplicación de lo oculto y un espectro atribuible a mi madre).

Todo cuanto he publicado en mi vida es el registro de mi absoluta imaginación. Incluso, los discursos de **Facia**, no profusos en el volumen, prueban mi habilidad para la **idolopeya**. Sólo excepcionalmente, la índole de alguno de mis escritos me prodigó felicidad. En extremo, estoy persuadido de ello. Empero, ojalá haya divertido al lector lo que infinito sufrimiento me produjo. Hasta el paroxismo, esta breve historia es mera invención.

**Alberto Jiménez Ure**  
(Mérida-Venezuela, 13 de  
abril de 1984)



**Jiménez Ure/FACIA**

Experimentamos vivir una Era de pre-extinción humana. El hombre actual ha decrecido espiritualmente, pero, sin embargo, los fenómenos psíquicos parecen hoy expuestos a la evidencia a través de seres dotados de una capacidad perceptiva no común. En esta noveleta, el lector hallará tres personajes sumergidos en un mundo donde lo *paranormal* domina. *Facia* es una suicida, *Odra* su hermana (cuyo cuerpo la primera posesiona) y *Alberto* un espectro que narra.

La narrativa del escritor *Alberto Jiménez Ure* ha merecido elogiosos comentarios de influyentes intelectuales como *Juan Liscano*, *Juan Antonio Vasco*, *José Napoleón Oropeza*, *Juan Calzadilla*, *R.J. Lovera De Sola* y *Freddy Castillo Castellanos*, entre otros, en distintos medios de comunicación.

*(Los Editores)*